

Una propuesta para el desarrollo del estudio de las relaciones internacionales

ROBERTO MESA*

1. La trayectoria científica de las Relaciones Internacionales es un tema suficientemente conocido, que ni tan siquiera merece una sencilla síntesis recordatoria. No obstante, cuando se trata de esbozar una reflexión proyectada hacia el futuro es absolutamente oportuno, cuando no imprescindible, establecer un balance crítico de lo efectuado hasta la fecha, aunque tan sólo sea en sus líneas maestras.

El punto inicial, tantas veces enunciado, tiene ya todas las características molestas del lugar común, de idea heredada, como si de un eco repetitivo y automatizado se tratase: la insistencia en el carácter o naturaleza primariamente norteamericana del ordenamiento científico y del asentamiento académico de las Relaciones Internacionales. Señalamiento genérico, carente de significado real si, al mismo tiempo, no se indicase que, en aquella época, finales de la Primera Guerra Mundial, la propia política exterior norteamericana ya ocupa un lugar hegemónico en la jerarquía de las Grandes Potencias.

Pero, algo muy distinto es el estudio de la misma realidad internacional abordado, desde muy antiguo, a partir de muy diversos observatorios, políticos o científicos o ambos al mismo tiempo. Tucídides, por mencionar un hombre entre otros muchos, es ya un tópico entre los ancestros fundadores. Pero, sin necesidad de acudir a la cita histórica con visos de autoridad, que frecuentemente encubre el bosque de la actualidad, existen intentos contemporáneos, de pretensiones sistemáticas, que permiten ir encuadrando el estudio de las Relaciones Internacionales con entidad propia, en el supuesto de que ello fuera posible. Karl W. Deutch, en 1968, como sintetiza poco después Charles A. McClelland (1972), esboza, con relativa precisión, cuatro etapas muy relevadora en el desarrollo del conocimiento de las Relaciones Internacionales. La primera está dominada por el Derecho Internacional y se simboliza en las dos Conferencias de la Paz de La Haya (1899 y 1907). La segunda marca el auge de la Historia Diplomática, gracias al impulso recibido por la apertura de algunos Archivos gubernamentales al finalizar la primera Guerra Mundial. La tercera fase de progreso, comenzada en torno al decenio

* Catedrático de Relaciones Internacionales de la Universidad Complutense de Madrid.

de los años 50, se sitúa bajo la influencia de la recepción metodológica de las ciencias sociales y del comportamiento (sociología, antropología, etc.). La cuarta y última, parece superfluo indicarlo, vive bajo el imperio de la metodología cuantitativa, de la búsqueda de modelos, de la aplicación de la electrónica y del uso de las computadoras.

Si partimos de esta proposición, que es aceptable como fórmula de trabajo, se puede, en un mismo plano, extraer varias conclusiones provisionales y también diseñar ciertas reservas o establecer algunas variantes y modificaciones. Entre las primeras, debe apuntarse que estamos, una vez más, ante una síntesis de lo científico con lo político; lo cual, considerado en sí mismo, no es ni positivo ni negativo, es simplemente un dato determinante, particularmente configurador de las Relaciones Internacionales. Y, a renglón seguido, también como conclusión provisional, aunque cada vez se afirma más categóricamente, el carácter dependiente de nuestra disciplina en lo concerniente a la elaboración de un objeto de conocimiento propio y el apoderamiento o adaptación de métodos próximos, aunque académica, o sea artificialmente, ajenos.

Con respecto al segundo plano, las reservas o rectificaciones que podrían hacerse a la proposición en estudio, figurarían las siguientes. Por lo pronto, parece una perspectiva, cuando menos pobre o de muy corto alcance, la vinculación de la primera etapa al desarrollo del Derecho Internacional en conexión con las Conferencias de La Haya. Así como, con referencia a la segunda fase, subordinar el auge de la Historia Diplomática a la apertura de Archivos; ello, cuando menos, supone ignorar o minimizar el avance realizado, entre otros, por Pierre Renouvin y la escuela de historiadores franceses. Menos irrefutable, ciertamente, resulta la configuración de la tercera y cuarta etapas: recepción de metodologías de otras ciencias sociales aún jóvenes y el empeño obsesivo en la cuantificación y en la sistematización.

Pero, posiblemente, la crítica más severa que puede emitirse acerca de estos intentos clasificatorios es, como ocurre siempre en los meros ejercicios intelectuales, su alejamiento de la realidad, su realización en laboratorios académicos de carácter críptico. Para su posible, que no perfecta o ideal corrección, nos atreveríamos a ir formulando posibles parcelas de atención preferencial. Unas, referentes a la esencia misma de las Relaciones Internacionales; otras, relativas a su desarrollo y compartimentación desde una doble perspectiva: la científica y la política.

2. Durante años ha sido, y continúa siéndolo, una losa inmovilizadora el afán de los teóricos por mantener el prestigio de una disciplina en base a su pretendida autonomía de otras formas de conocimiento; lo que, en realidad, sólo era la defensa gremial de un estatuto académico. Su dependencia parecía un vicio inconfesable. Contra esta pretensión pseudo-teórica, se alza una realidad imposible de ocultar. Si de conocer la realidad internacional se trata, toda fuente y todo método, capaz de establecer hipótesis verificables, son válidos. Probablemente, en más de una ocasión, nos encontramos ante

un modesto problema personal: la ocultación de los orígenes académicos, profesionales, de los especialistas en Relaciones Internacionales. En su mayor parte, si excluimos el área anglosajona, procedentes del campo jurídico, del filosófico o del histórico.

Nuestra hipótesis no parte del rechazo de las dependencias en razón de un falso prurito autonómico; antes al contrario, estimamos que cualquier metodología que permita profundizar en el estudio de las Relaciones Internacionales es válida; y que, en todo caso, el mecanismo consiste en acomodar tales métodos a nuestras propias finalidades; ya que, también es cierto, que una fidelidad rigurosa supondría un corsé inmovilizador de todo intento de avance en el conocimiento y en el desarrollo original de las Relaciones Internacionales. Teniendo muy presente, por otra parte, que lo más útil, en este campo, no es el establecimiento de un mecanismo parasitario, sino la apertura de canales osmóticos que permitan una vía recíproca, en los dos sentidos, de aprovechamiento y enriquecimiento mutuos.

Un ejemplo válido lo proporciona la misma, aunque muy lenta, evaluación del Derecho Internacional. Conocidas son, por demás, las ya clásicas etapas seguidas hasta la construcción de un ordenamiento internacional válido, no muy coincidentes, por cierto, con las avanzadas por McClelland: Westafalia, París, Ginebra, etc. Pero, tanto aquí, como en las etapas evolutivas referentes a las Relaciones Internacionales, en muchas ocasiones el intento no es más que un fácil pretexto acomodaticio de una materia académica al discurrir de la realidad social; hecho, en sí mismo considerado, poco criticable; pero que, en profundidad, denuncia el predominio de un conservadurismo científico: caminar siempre detrás de la realidad social, no preceder a ningún momento anticipatorio. Más exactamente: una renuncia previa a todo intento de influir o, por lo menos de participar, en el desarrollo de la realidad social internacional. Posición que, para ser coherente, va acompañada del rechazo más tajante de todo movimiento innovador. Para referirnos, una vez más, al campo jurídico-internacional, baste con recordar las condenas, primero, y las reticencias, todavía, con que tropezaron los afanes renovadores de Charles Chaumont, aparte los anatemas proferidos por los académicos de la parálisis intelectual.

Este supuesto no es traído al azar. Sino que, a nuestro juicio, ejemplifica el tema ya apuntado, y en el que no se puede dejar de insistir, de la interdependencia exigible entre distintos sectores intelectuales que persiguen el mismo objetivo científico. Los trabajos de Charles Chaumont son, escuetamente, los de un jurista excepcional, movilizado por la observación del escenario internacional, seguido de su propio compromiso personal —la Guerra de Vietnam, las luchas de liberación nacional—, que sustituye métodos arcaicos de análisis por las categorías del materialismo dialéctico.

En otro plano diferente, tampoco alejado de nuestro objetivo particular, merece la pena subrayar la evolución también habida en el estudio de las Organizaciones Internacionales. En primer lugar, como siempre y antes que

nada, la renuencia a reconocerles un lugar propio en los programas académicos. Y, cuando la resistencia se fue debilitando, bajo el pretexto de la asepsia, su neutralización mediante criterios de estudio que parecían reproducir las viejas disputas escolásticas; con la diferencia de que ahora, el paso del tiempo impone la renovación de las modas, el debate se producía entre funcionalistas y estructuralistas. Cuando no, y también conoció sus años de esplendor, los esfuerzos se concentraron en expresar, mediante ecuaciones, el mecanismo del voto en los organismos internacionales; estudio frívolo, ya que, en la mayoría de los supuestos, se conocían previa y sobradamente las motivaciones de cada voto. Entiéndase bien que no estamos propugnando una negativa indiscriminada de la información cuantificada; lo que se critica es la conversión de una mecánica de conocimiento en el objeto mismo del conocimiento. Un mal, pues nada nuevo hay bajo el sol, que ya conocieron aquellos historiadores que, en un momento determinado, padecieron la fiebre del culto al documento escrito. Pero, para concluir con nuestra referencia inicial, recuérdese el impacto que en su momento causó, y que aún no ha sido superado, la publicación del estudio de Michel Virally sobre la Organización de las Naciones Unidas, la Organización Mundial, en 1972; dejando atrás disputas estériles, Virally se dedicó con la mayor sencillez a subrayar los planos de actuación de las Naciones Unidas: universalización, unificación, desarrollo y pacificación.

3. Retornando a la propuesta de McClelland que, insistimos no tiene en estas páginas otro valor que el meramente operativo, sin más, se observa de inmediato la pretensión de diseccionar una evolución histórica del conocimiento científico de una disciplina que cuenta con una biografía muy corta. Pero, más que entablar una discusión, interesa progresar en una vía, establecimiento rectificaciones y avanzando hipótesis.

En primer lugar, sería pertinente subrayar la situación de subordinación en que ha venido transcurriendo el desarrollo científico del estudio de las Relaciones Internacionales. No aludimos, por cierto, a la dependencia o conexión con disciplinas de mayor entidad o antigüedad; tema, para nosotros, resuelto, puesto que no nos interesa la jerarquización sino la utilización de conocimientos y metodologías. Nos referimos ahora al procedimiento ejercido en nuestra disciplina por los especialistas estadounidenses y, por razones que van más allá de la identidad idiomática, anglosajones. Ello ha conducido a que debates radical y esencialmente políticos, enmascarados con vestiduras científicas, hayan sido trasladados mecánicamente a realidades en absoluto ajenas, como ejemplifica el ya anacrónico enfrentamiento entre "idealistas y realistas".

En segundo lugar, la ruptura, que no fue tal, causada por la dedicación del filósofo francés Raymond Aron a la observación de la realidad internacional, y también arrojado al diseño de toda una teoría de las Relaciones Internacionales. Lo que se entendió, por algunos, como enfrentamiento y, por otros, como originalidad, era, lisa y llanamente, la aplicación, por una

parte, de un bagaje suficientemente divulgado por sus raíces hobbesianas, y, por la otra parte, la adopción forzada a la realidad europea de los modelos de reflexión propuestos precisamente por los realistas norteamericanos.

En tercer lugar, y aquí es correcta la hipótesis de McClelland, aunque no signifique toda su trascendencia, el gran momento, el instante estelar, siempre bajo unas reglas estrictas de dependencia, es la aplicación al estudio de las Relaciones Internacionales de metodologías procedentes de otras ciencias sociales y, a continuación, puesto que el proceso iniciado también lo imponía, la aplicación de métodos cuánticos, matemáticos, a la catalogación entomológica de la realidad internacional. Ciertamente, el lugar de privilegio corresponde, en este plano, a la teoría de los sistemas y a la obra de especialistas como Easton y sus seguidores. Fue un período, y podemos justamente hablar en pasado, de horizontes muy prometedores. Por fin, las Relaciones Internacionales alcanzaban el soñado estatuto científico autónomo y, a la postre, se estaba en posesión de una técnica insuperable por los niveles de objetividad que supuestamente proporcionaba. Se pasaba, sin transición, de un extremo a otro. El mundo, llevado a la situación límite, y aunque hoy día parezca un absurdo, era un sistema cerrado en sí mismo. Planteamiento que desembocaba en el más absoluto de los reduccionismos. El paso del tiempo y la comprobación de las limitaciones del propio método hizo que apareciera un reducido, pero penetrante, movimiento crítico al conjunto de la teoría de los sistemas. Precisamente, la puesta a punto más válida, en lo que tiene de ponderada, de revisión, de selección entre lo utilizable y lo negativo, procede, a nuestro entender, de un especialista europeo, de Philippe Braillard. Su estudio sobre la teoría de los sistemas, fechado en 1977, se cierra con unas conclusiones en las que, tras rechazar tajantemente la transferencia indiscriminada de conceptos y de modelos, mediante un uso inadecuado de la analogía, centra exactamente la cuestión en unos términos que no dudamos en reproducir:

Tres principios generales han guiado nuestra investigación. En primer lugar, la idea de sistema no es una llave mágica que abra todas las puertas. Sólo es un instrumento al servicio del conocimiento, que introduce una perspectiva y que puede estar en el origen de un marco conceptual de análisis. En segundo lugar, este instrumento puede ser más nefasto que útil si no está bien precisado y si se emplea sin discernimiento, sin que se tenga conciencia de sus implicaciones. Finalmente, el recurso a este instrumento debe adaptarse a las circunstancias propias, a la especificidad del objeto a cuyo estudio quiere aplicarse.

4. Con las afirmaciones categóricas de Aron y de sus seguidores, tan numerosos a uno y a otro lado del Atlántico, las sublimitaciones de Easton y los epígonos desbordantes de los enfoques sistémicos, parece como si todos los esfuerzos teóricos de los especialistas de las Relaciones Internacionales

hubiesen llegado al punto límite, al kilómetro cero en el que el retorno es prácticamente imposible. Y, todo ello, sin haber resuelto, al menos en sus orientaciones básicas, la cuestión esencial: ¿Es posible una teoría sobre las Relaciones Internacionales? ¿Sobre qué propuestas habría de fundamentarse la reflexión teórica?

Ambas interrogantes, nos conducen a una constatación, no privativa de las Relaciones Internacionales, sino también muy ordinaria en todo tipo de diseño especulativo. Por una parte, la separación radical entre la elaboración teórica y la observación de la realidad, con lo cual dicha meditación intelectual, aparte estar vaciada de contenido, se reduce a una formulación aparential acompañada, en el mejor de los casos, de una brillante exposición discursiva. Pero, por otra parte, en numerosas ocasiones, se ha procedido de una manera mucho más peligrosa científicamente, manipulando la realidad; es decir, acomodando los datos concretos detraídos de la observación de las conductas y comportamientos en la esfera internacional a una elaboración teórica, previamente establecida.

¿Cómo se ha reaccionado ante tales excesos? Lógicamente, frente a la gravedad de la situación, el callejón sin salida a que parecía abocada la posición académica de nuestra disciplina, las reacciones han sido muchas y muy variadas en su orientación. A bastantes de ellas, sería exagerado calificarlas como reacciones, ya que se han limitado a continuar reproduciendo la esterilidad de unos esquemas de probada ineficacia. De estas últimas, por cierto, no nos ocuparemos. Y, aunque sólo sea para su mención, dejar constancia de posturas recientes que, tratando de efectuar síntesis inadecuadas, predicán un retorno al pasado, multiplicando sus vicios y defectos, olvidando que el tiempo es un fenómeno irrecuperable que nunca transcurre gratuitamente. Un paradigma de estos planteamientos anacrónicos podría ser el de J. B. Duroselle quien, en su última obra, fechada en 1982, revela, bajo un título genérico de carácter apocalíptico, la realidad de su empeño: "Una visión teórica de las Relaciones Internacionales". La novedad, si el término fuese válido en este caso, consistiría en un regreso al historicismo, teñido en fuentes de inspiración metafísica, junto a ciertos toques funcionalistas; una revalorización del viejo esquema de "fuerzas profundas", sin el vigor que adornaba al maestro Pierre Renouvin; una crítica desmedida a la ineficacia de la Sociedad Internacional organizada; y toda una parte final dedicada a una pretendida reflexión teórica. Parte Duroselle de una afirmación redundante, orientada a miras particulares: "En las proximidades de 1980, todas las teorías relativas a las ciencias humanas aparecen frustradas, elementales e inacabadas". Sin embargo, ésta a modo de conclusión, le permite licencia para lanzarse a disgresiones alejadas de todo cientifismo y cercana a exclamaciones proféticas; como cuando a modo de aforismo, dice que la eficacia está en conflicto permanente con la dignidad humana. Duroselle, en suma, retorna a los orígenes, a la noche oscura del conocimiento intuitivo: todo, en Relaciones Internacionales, se concreta en relaciones de poder y,

como sus detentadores, los imperios, se suceden unos tras otros, así el poder irá desapareciendo o cronificándose en una alternancia repetitiva.

Con todas sus incoherencias, Duroselle señala una de las líneas dominantes, entre las respuestas a la etapa anterior, de revalorización de las fuentes de conocimiento proporcionadas por la historia. Pero, de un modo de conocimiento histórico construido sobre interpretaciones personales y sin visión de globalidad. Otra alternativa muy distinta es la propuesta, entre otros, por Saul Friedlander, uno de los principales impulsores de esta tendencia en lo que tiene de válida. Así como Jean Siotis que, en una obra largamente prometida y hasta ahora no finalizada, pero de la que han aparecido algunos capítulos, al referirse en concreto al estudio de las Organizaciones Internacionales, centra en términos de absoluta corrección el problema: "El punto de partida de todo estudio de la decisión en un marco institucional multilateral es la descripción histórica de los diversos estadios del proceso, que pueden distinguirse sobre la base de nuestro conocimiento de la historia y de la organización internacional. No obstante la necesidad tan evidente de este planteamiento, los politólogos, en general, tienden a descuidar el aspecto diacrónico de sus estudios y a considerar las variables que afectan a estos procesos como si tuviesen el mismo valor en todos los estadios. Sus calificaciones de las decisiones —cerradas o abiertas, simbólicas, delimitativas, etc.— no tienen en cuenta los aspectos diacrónicos que hacen que una decisión pueda cambiar de naturaleza de una a otra etapa del proceso".

Junto a estas tendencias, valorativas de la historia o que le dan preferencia, deben mencionarse otras tentativas también prometedoras, pero todavía casi en germen. Marcel Merle, cuyo nombre supuso en su momento la liberación del peso agobiante que el pensamiento norteamericano había ejercido sobre el sector francés de nuestra especialidad, en función de la hegemonía aroniana, en particular a partir del momento en que publica su *Sociologie des relations internationales*, con la que emprende, de manera prudencial, el replanteamiento de unas opciones no sólo clásicas, sino también ineficaces. El mismo Marcel Merle, en su obra más reciente, *Forces et enjeux dans les relations internationales* (1980), conjunto heterogéneo en el que reúne trabajos dispersos que abarcan un período de unos veinticinco años, aunque todavía sometido a la influencia de los nombres de Easton y de Deutsch, viene a proponernos, bajo el epígrafe "Juegos de la Política", posibilidades que, aunque modestas, permiten que nuestra disciplina progrese y salga del atolladero en que se halla sumida. Estudios muy concretos, de alcances limitados, pero que posibilitan nuevas perspectivas; en especial, todo lo concerniente a la observación de la práctica y del pensamiento de los partidos políticos en materia extranjera, así como el estudio de la influencia de la política internacional en las campañas electorales y en la orientación del voto, tema que, como Merle señala, quizá tendría mejor acomodo en el campo de la sociología electoral pero cuyos expertos, lamentablemente, han descuidado.

5. A lo largo de las páginas anteriores, planea una doble problemática que ya enunciábamos, pero sin detallarla, y que es obligado asumirla antes de proseguir. Primeramente, y es algo que nunca debe olvidarse, ocultarse o despreciarse, insistir hasta la saciedad en la presencia de lo político en nuestros estudios o, si se prefiere, de las posturas ideológicas absolutamente legítimas. Hasta ahora, aunque nos pese, en cada propuesta teórica subyace una opción ideológica. Siempre ha sido así en las Relaciones Internacionales y no hay nada que haga esperar o que augure un cambio en sentido contrario. Lo político pertenece, cuando no constituye, la esencia misma de las Relaciones Internacionales y que recorre toda la espina dorsal de la reflexión científica en materia internacional: desde su fundamentación y conceptualización hasta su misma metodología. En nuestra opinión, hasta la fecha se ha presentado como un falso debate que, caricaturescamente, podría reproducirse en los términos siguientes: por una parte, los investigadores puros que, al igual que los ángeles asexuados, pertenecen al mundo de las esferas celeste incontaminadas, amparados en la sombrilla protectora de la llamada objetividad o neutralidad científica; frente a ellos, los servidores de otros poderes, acientíficos por no mantenerse marginados de las luchas terrenales, y que defienden o propugnan enfoques peyorativamente denominados "revolucionarios", no sólo por estar comprometidos con las luchas de sus tiempos, sino también por asumir como método de conocimiento el materialismo dialéctico, reprochándoseles de pasada que esta elección metodológica supone una servidumbre dogmática. Ya fue mencionado, como ejemplo, el nombre de Chaumont entre los iusinternacionalistas; pero, más específicamente, aparte S. Brucan, habría que citar posturas más radicales del campo de nuestra disciplina. Antes de continuar es obligada, quizá por enésima ocasión, la observación de que este falso debate no se corresponde con la actual compartimentación del mundo en los dos consabidos bloques, capitalistas y comunista, puesto que los epígonos de cada uno de ellos se reclaman vanamente de una idéntica pureza científica. P. F. Gonider, en la segunda edición de sus *Relations Internationales*, es el más claro exponente de este cambio de orientación al que acabamos de aludir, pese a que en más de una ocasión tampoco sepa liberarse de una pesada carga de dogmática rigidez. De cualquier forma, interesa destacar dos puntos en la aportación de Gonidec: uno, el campo de estudio; otro, la cuestión metodológica. Con respecto al primero, una declaración franca y abierta, no excluyente: "las Relaciones Internacionales no tienen un campo de estudio fundamentalmente diferente de el de las otras ramas de las ciencias sociales que, con títulos diferentes, se ocupan igualmente de los problemas internacionales". Con referencia al segundo punto, la validez del método dialéctico; apuntar, entre otras, una de sus principales virtudes: el concepto de totalidad. "Uno de los fenómenos, de la realidad, sobre la idea de totalidad. En este aspecto, el método dialéctico se diferencia de los métodos generalmente utilizados por los especialistas de las ciencias sociales. La tendencia de estos últimos es la

de operar en el seno de la realidad un corte artificial que conduce a aislar las diferentes categorías de fenómenos sociales los unos de los otros". La totalidad utilizada por el método dialéctico, concluye Ponidec, es siempre una totalidad concreta. Ciertamente, en nuestra propia concepción, la propuesta histórica no es incompatible, en modo alguno, sino complementaria con la aplicación de una metodología dialéctica.

En segundo lugar, el otro aspecto de esta doble problemática que estamos glosando, es el de la dependencia cultural. Tampoco se nos escapa, que, nuevamente, manejamos conceptos ideológicos; pero es que las realidades se imponen sobre las imágenes y sobre los símbolos. La hegemonía anglosajona en el estudio de las Relaciones Internacionales, sólo disputada hasta ahora por sectores doctrinales muy limitados, y en el campo político opuesto por expertos soviéticos y alguno que otro del llamado campo socialista, por cierto con escasa fortuna, deja al descubierto un fenómeno de subordinación cultural; el cual ha sido un pesadísimo fardo del que aún no hemos podido o sabido liberarnos. Ciertamente, este enfrentamiento podríamos extenderlo a diversas áreas culturales, religiosas, políticas y económicas. Sin embargo, por razones obvias, nos ceñiremos al campo que nos resulta más afín al nuestro propio, al latinoamericano; entendemos que es el mismo, no sólo por razones lingüísticas, sino por causas igualmente importantes; desde las posiciones geográficas, las tradiciones históricas, hasta los sentimientos nacionales y, muy especialmente, las realidades de explotación económica. No es para nadie un secreto que, hasta fecha muy reciente, el círculo latinoamericano, en el plano del desarrollo científico de las Relaciones Internacionales, no se ha correspondido con el logro de sus independencias nacionales. Es decir, se ha vivido un amplio y profundo proceso político, en contra de múltiples circunstancias adversas, al tiempo que se ha incrementado geométricamente la dependencia cultural, la subordinación ideológica, en palabras más directas. Idéntico proceso, posiblemente aún más raquítico, se ha producido en España. Separados durante cuarenta años de los centros difusores de nuestra cultura, de América Latina, y también del resto de Europa, siempre por razones políticas, no se aprecia entre los especialistas españoles, por otra parte casi inexistentes, con las excepciones notables de Truyol Serra y Medina Ortega, un interés por el estudio científico de las Relaciones Internacionales hasta finales del decenio de los años cincuenta. Y de la nada, se pasó sin transición al hegemonismo de los planteamientos académicos norteamericanos. Parece claro, por lo tanto, que el afianzamiento de las Relaciones Internacionales en el área idiomática de expresión española o castellana o, si se prefiere de expresión mestiza, para emplear un término suficientemente acreditado, pasa no sólo por un debate meramente científico, sino muy en especial por una afirmación polémica de nuestra identidad cultural, ideológica, que es tanto como decir política, en el sentido más riguroso de la expresión. Podríamos, fácilmente, elaborar un muestrario de

supuestos prácticos, algunos todavía sangrantes, que realicen el paralelo con la teoría; pero, estimamos, que no es éste propiamente su lugar adecuado.

Ahora bien, consideramos que la lucha por nuestra afirmación por la expresión de nuestra propia identidad y especificidad ya ha comenzado. Es arriesgado y, quizá, poco útil, fijar fechas o hitos; pero posiblemente la entrada en liza de una elaboración latinoamericana de las Relaciones Internacionales, con todas las imperfecciones que se quiera y que son muchas, debe situarse entre el final de decenio de los años sesenta y el comienzo de los setenta. Las ilustraciones políticas que impulsaron este movimiento, por sabidas nos excusan de su enumeración. Pero no estaría de más recordar los que pudiéramos calificar como logros institucionales más importantes, con las ausencias obligadas en estos casos. En primerísimo lugar, figura México; con el Centro de Relaciones Internacionales de la UNAM, el Centro de Estudios Internacionales del Colegio de México y, más recientemente, el Centro de Estudios Económicos y Sociales del Tercer Mundo; en Venezuela, es de justicia destacar el Instituto de Altos Estudios de la Universidad Simón Bolívar; y un largo etcétera latinoamericano donde tienen su cabida las instituciones no mencionadas. Sería interminable, por otra parte, establecer el catálogo de publicaciones periódicas dedicadas a materias de nuestra disciplina. Todo el conjunto, acompañado ya por la aparición de obras generales y de monografías particulares de notable relieve y parangonables con las aparecidas en lenguas más favorecidas por el expansionismo hegemónico. A título de ejemplo entre otros, recuérdese el caso de la obra de J. A. Silva Michelena, que avala rigurosamente nuestra información. En España, por el contrario, la situación todavía es de cierta penuria, puesto que sin tomar en cuenta a las Facultades Universitarias, no existen Centros con categoría internacional consagrados al estudio de las Relaciones Internacionales, salvo alguna otra escasa excepción que viene a confirmar la amenaza de penetración ideológica foránea. Por otra parte, nuestros especialistas de dimensión extranacional, nos referimos a los españoles, se cuentan con los dedos de una mano y se encuadran todos ellos en las filas de la escuela creada por el maestro Truyol Serra. Y como no queremos incurrir en una pretendida modestia intelectual, encubridora de una sórdida hipocresía profesional, consideramos que nuestra propia obra supone, cuando menos, un esfuerzo de síntesis y aproximación con el área latinoamericana, para romper el dogal de la dependencia ideológica y afirmar nuestra diferenciación cultural.

6. Dicho lo anterior, ¿cuáles serían las posibles vías científicas del desarrollo de nuestra disciplina en los próximos decenios? La pregunta, hay que anticiparlo, carece de originalidad, pues ya se la han planteado anteriormente otros muchos. El inicialmente citado McClelland en su ensayo sobre el pasado y el futuro en el estudio de las Relaciones Internacionales, se enfrentaba ya a la interrogante en 1972. Pero, de todas formas, seleccionaremos algunos supuestos posteriores que, progresivamente, van cercando la cuestión.

Comencemos, en un intento de escalada reflexiva, con las propuestas de

Arend Lijphart que, con ocasión de un análisis sobre las grandes controversias y las controversias menores en la teoría de las Relaciones Internacionales, diseña una hipótesis que deja inconclusa. Denuncia, primeramente, la polémica que opuso a idealistas y realistas, calificándola plenamente de controversia menor. Por el contrario, define como gran controversia la que, a lo largo de los años sesenta, enfrentó a tradicionalistas y cientifistas, por utilizar unos términos ya acuñados. Tiene interés observar cómo se descubre la ancianidad de la novedad aparente que, en su momento, aparentaron los estudios de Karl W. Deutsch: anarquía y monopolio estatal de la violencia, que, con un lenguaje moderno, repetía los esquemas clásicos de un Grocio y gran parte de los iusinternacionalistas, defensores de una cierta idea de Sociedad Internacional. En resumen, para Lijphart, el corazón del debate se centra entre los defensores del paradigma tradicional y los mantenedores del paradigma behaviorista.

Tampoco carecieron de interés, en su momento, las propuestas de Silviu Brucan, quizá por su calidad de hombre puente entre tendencias o planteamientos formalmente antagónicos; y que, desde su posición se subleva contra predicciones y futuribles interesadas. Basándose su negativa, por cierto, en la observación del comportamiento de los dos grandes subsistemas mundiales. Critica ambos proyectos "sociológicos" reprochándoles, sucesivamente, su carácter especulativo (acrítico y acientífico), su tendencia utopista (alejamiento de la realidad) y su esencia engañosa (transposición mecánica del presente al futuro). La propuesta de Brucan se fundamenta en lo que denomina las cuatro variables de la política mundial: presión de la interdependencia tecnológica, política del poder, autoafirmación nacional y cambio social. Su validez queda pendiente de su "capacidad de experimentar la futura perspectiva de una política exterior, estrategia o doctrina dadas".

Particular interés, en esta valoración progresiva y selectiva, contiene el estudio muy divulgado de S. Friedlander y S. Cohen, publicado en 1974, acerca de las tendencias actuales de la investigación en Relaciones Internacionales. Insisten, y se trata de un dato obsesivo, fruto del rechazo del esquematismo de los años anteriores, en el carácter acientífico de los estudios cuánticos. Y adelantan una aseveración, con el valor de toda una enseñanza, que plantea la cuestión en términos casi éticos: "con frecuencia, se olvida que la correlación estadística no equivale a una explicación y no nos documenta sobre la dirección del informe de causalidad". Ambos especialistas reivindican una revalorización de los métodos históricos, pero cuidando de no caer en los errores del pasado; se trata, pues, de una metodología histórica condicionada por los conocimientos que hoy en día están a disposición de los investigadores. El historiador debe saber que la realidad no está siempre de acuerdo con la apariencia. La hipótesis de trabajo queda muy claramente explicitada: "el método que proponemos tomaría como punto de partida las sugerencias teóricas presentadas estos últimos años, pero en lugar de verificar las hipótesis por métodos cuantitativos, se someterían las

teorías y los problemas a un análisis comparativo gracias al estudio de casos históricos y recurriendo a las técnicas estadísticas en los puntos apropiados”.

Por su parte, Philippe Braillard, anteriormente citado por otras razones, en su ensayo publicado en 1980, pone en guardia contra los peligros o contra las tentaciones que pueden condicionar al especialista en Relaciones Internacionales. Y muy en particular, frente al número cada vez más creciente de obras dedicadas a la prospectiva internacional que, en su inmensa mayoría, son absolutamente insatisfactorias; en casi todas las ocasiones porque se limitan a reproducir el viejo aforismo y confunden tenazmente la realidad con los propios deseos; otras veces, porque se convierten sencillamente en voceros de soluciones políticas interesadas. Además, cuando estos seudointernacionalistas se arrojan a la aventura de la predicción posiblemente gane la épica o la perdedora estricta siempre es la apreciación científica. Señala Braillard, que la dispersión o desorientación de tales internacionalistas viene determinada por la extensión sufrida por el mismo campo de observación (la tantas veces anunciada planetización internacionalización), por la multiplicidad y disparidad de los protagonistas o sujetos y, finalmente, por la extrema abundancia de las técnicas ofrecidas por las distintas ciencias sociales, como si de un bazar o de un Palacio de Cristal se tratase y no de una reflexión perseguidora del mayor grado de rigor intelectual.

Braillard demuestra, al hilo de su discurso que, en contra de las apariencias, “la investigación previsional en Relaciones Internacionales se caracteriza, sobre todo, por una gran debilidad epistemológica y por una notable incoherencia, y que, en consecuencia, en la mayoría de las ocasiones, no está a la altura de sus pretensiones”. Todo ello, entre otras causas, porque se confunden tres términos rigurosamente distintos: previsión, predicción y prospección. Nos interesa subrayar, por razones personales obvias, puesto que convalidan nuestras propias hipótesis, que Braillard distingue significativamente, en primer lugar, que los estudiosos de las Relaciones Internacionales no están adaptados al manejo de las técnicas que aspiran a cumplir funciones de previsión. Y que, en segundo lugar y más importante, tales técnicas no ofrecen garantía alguna de una previsión correcta. Concluye Braillard: “sería una impostura atribuir un estatuto y un rigor científico a una previsión, en razón del recurso a una técnica...” Recordando, finalmente, la existencia, la vigencia actual, de tres paradigmas teóricos acerca de las Relaciones Internacionales: el realismo político, la reflexión sistémica marxista.

Tras estas puntualizaciones, Braillard elabora una propuesta de trabajo que es útil para superar el inmovilismo actual y que permite operar flexiblemente desde distintas perspectivas: “vivimos en un sistema internacional planetario, inestable, incluso revolucionario, sistema en el que nuestras opciones pueden tener consecuencias importantes a largo plazo. Además, toda decisión política reposa, se quiera o no, sobre una previsión al menos implícita, acerca de una determinada concepción del futuro”.

7. Por todo lo que venimos exponiendo, no parece, ciertamente, que el estudio de las Relaciones Internacionales se encuentre en uno de sus momentos más brillantes, tanto en el plano de la producción intelectual como en el terreno de las perspectivas de desarrollo. Salvo las aisladas excepciones que hemos detallado, quizá alguna más pero no en un número desmedido, incluso la bibliografía especializada parece dar vueltas en torno a un círculo infernal del que resultase imposible la escapatoria.

En nuestra opinión, solamente consiguen evadirse de la esterilidad o de la monotonía reiterativa, de la reproducción mecánica de esquemas que ya han demostrado su ineficacia, aquellos especialistas que junto con el bagaje teórico absolutamente imprescindible, proporcionado por el adecuado conocimiento histórico y filosófico, saben utilizar las técnicas de investigación más eficaces o, cuando menos, aplicar los resultados de sus observaciones, pero cuidando en toda ocasión de no convertirse en servidores de técnicas que siempre serán coyunturales, puesto que irán sucediéndose las unas a las otras, de acuerdo con el mismo avance y progreso de los mecanismos técnicos aplicados a la función científica. Con lo anterior, nos convertiríamos o podríamos aspirar a ser unos especialistas correctos; el pensamiento europeo, por cierto, el continental más exactamente, ya está en condiciones de proporcionar una lista honorable de este género de académicos; los cuales, sin embargo, en un determinado momento, fueron desbordados por los adoradores de la máquina y de su respuesta mecánica, que ahorra la molesta elaboración del pensamiento intelectual, sin otro horizonte que la más abstracta e irrelevante de las numerizaciones. Eran los tiempos, todavía cercanos, en que se pretendía encerrar la Historia de la Humanidad en una simple fórmula matemática o algebraica, a más de un gráfico complementario.

En la actualidad, en los albores de un nuevo milenio, puede decirse que los ojos se tornan hacia la experiencia histórica y hacia el conocimiento filosófico. En otras palabras, asistimos a una revalorización y a un rejuvenecimiento de viejos humanismos. Pero, insistimos, tan sólo esto puede conducirnos a la obtención de correctos especialistas; nada más. Y aquí, incidimos en uno de los temas claves de nuestra obra teórica y de nuestra actividad práctica. No hay científico, sin que detrás se encuentre un político. El científico de las Relaciones Internacionales, que es al que nos referimos, sin excluir a ningún otro, es un hombre de su tiempo al servicio del presente y que aspira a participar en la construcción del futuro; la condición de testigo es muy honorable, pero no es bastante. Por lo tanto, ha de comprometerse activamente con las luchas de sus días, con los combates que le son contemporáneos. En consecuencia, sus propuestas teóricas, científicas, han de ser portadoras de un proyecto ideológico concreto.

Las críticas a este planteamiento, la archisabida neutralidad de la ciencia, son harto conocidas y no nos detendremos en ellas. El especialista de las Relaciones Internacionales que propugnamos, el internacionalista sin más, defensor de una propuesta ideológica, puede ejercer tanto de crítico de un

sistema cuyos fundamentos y práctica no comparte, como puede servir a los intereses de los grupos, estatales o no, que con mayores posibilidades de éxito que el científico, mantienen la misma oferta ideológica o política.

Anteriormente, nos hemos referido al secular sometimiento académico y científico de nuestra disciplina, que hoy se ha convertido en un enfrentamiento cultural. Al haber enfrentamiento, hay lucha, combate ideológico. Y, hoy por hoy, la división del mundo en el umbral del siglo XXI pasa por el enfrentamiento entre imperialismo y anti-imperialismo. Sería un ejercicio masoquista recordar en qué trinchera se encuentra nuestra área cultural latinoamericana; y que, en este mismo plano político, le aproxima, cuando no lo hermana, con otras áreas o círculos culturales igualmente hegemonzados por diversos agentes imperialistas. Igualmente, sería frívolo insistir en la vaciedad de aquellas antagonías que impusieron ciertas y dudosas modas: el enfrentamiento Este-Oeste, el diálogo Norte-Sur, la polémica países industrializados, pueblos en vías de desarrollo, etc. Unas veces eran descripciones históricas de situaciones circunstanciales; en ocasiones, era un simple ropaje con el cual disimular un sistema concreto de explotación; con frecuencia, era un término denunciador de un sistema relacional arbitrario e injusto. Todos los términos y la semiología entera, encerraban o encubrían el dilema imperialismo versus anti-imperialismo. Y, en consecuencia, un especialista de las Relaciones Internacionales está al servicio del imperialismo, tanto cuando defiende sus opciones políticas concretas de explotación, como cuando utiliza técnicas, aparentalmente objetivas, que persiguen la justificación y la perpetuación del mismo sistema imperialista.

Por el contrario, y no tratamos de defender posiciones maniqueas, el especialista en Relaciones Internacionales, conocedor de la historia y de la filosofía, aplicando la metodología proporcionada por el materialismo dialéctico, se convierte insensiblemente en un anti-imperialista militante. Es algo que ya hace tiempo se llamó proceso de toma de conciencia. Unas veces, el motor es la simple observación, el sufrimiento de una realidad concreta; en otras, puede ser el conocimiento de los mecanismos históricos de explotación. Así sería el diseño teórico del proyecto ideológico. Pero, los decenios venideros, ofrecen al internacionalista que propugnamos múltiples campos de experimentación y, consecuentemente, de actuación.

Las listas, con pretensiones exahustivas, incurren, frecuentemente, en el defecto de la rigidez o en el pecado del olvido. Desde nuestra óptica, dos son las grandes zonas de actuación que se nos brindan para el futuro más inmediato: la lucha por la paz y el combate por la justicia. En la primera de ellas, es obligado recordar los trabajos de J. Galtung y de los estudios sobre la paz; deben avanzar los trabajos sobre el desarme convencional, los proyectos de desnuclearización, los intentos para la desaparición de las alianzas de carácter militar, así como cualquier tipo de negociación orientada en estos sentidos. Pero, lógicamente, no se trata de un elemental pacifismo desarmamentista, siguiendo el modelo fracasado del sistema de seguridad colectiva

de la Sociedad de las Naciones; hay que luchar exactamente contra las causas engendradoras de la violencia; el combate por la paz, pasa ineludiblemente por la desaparición de los tratamientos discriminatorios de los diversos grupos humanos y sociales. La causa de la paz no depende sólo del logro, aunque utópico igualmente deseable, de la desaparición de todo conflicto armado convencional o nuclear, internacional o interno, sino muy fundamentalmente por la superación de las tensiones que fatalmente desembocan en conflictos. Nuestro especialista en Relaciones Internacionales habrá de ser un buen conocedor de los movimientos de liberación nacionales; en consecuencia, combatirá el colonialismo y cualquier otra forma de discriminación, desde la segregación racial hasta el sionismo, por utilizar términos no tan distantes como aparentan. Esta función teórico-práctica obliga a un ejercicio intelectual superador de determinados formalismos lingüísticos que encubren estructuras de dominación; por ejemplo, para mencionar uno de los supuestos más llamativos, aunque la actual Sociedad internacional continúe siendo preferentemente estatal, su vocabulario habrá de completarse dialécticamente con los conceptos, junto al de Estado, de Pueblo y de Nación, tal y como han de entenderse y utilizarse en nuestros días. En esta actividad, no tienen cabida las iniciativas individuales; para su fructificación, es forzoso el acompañamiento de iusinternacionalistas, de economistas, de antropólogos, etc. A pocos años de concluir el siglo XX, el término pacifismo, con su elevado contenido moral, sería incompleto, estéril, de no cumplir la función dual de nuestro tiempo: cooperación y desarrollo. Estas han de ser las líneas maestras para el asentamiento de una paz distinta y duradera; fundamentalmente distinta, porque ya no es útil el entendimiento de la paz como ausencia de la guerra.

Aquí, cobra una dimensión especial, la segunda tarea que ha de asumir el especialista en Relaciones Internacionales. La lucha por la justicia. Qué, esencialmente, quiere decir la desaparición de la desigualdad. En los pasados años sesenta, los ingenieros sociales, practicantes en laboratorios cerrados al servicio de objetivos hegemónicos, dividían a los pueblos en razón de determinados "indicadores sociales"; entre otros muchos igualmente irracionales y, en el fondo, discriminatorios, por el índice de la renta anual per cápita, del que se deducían los oportunos criterios políticos. Debe señalarse que la meta igualitaria no tiene un objetivo exclusivamente economicista. En primer lugar, porque en razón del simple progreso histórico, algunos pueblos podrán abandonar la condición de desheredados; pero, por idénticas razones y por la existencia de una estructura socio-económica radicalmente injusta, para que haya pueblos ricos es absolutamente imprescindible que otros nunca salgan de la miseria y la pobreza. En este aspecto, realizaciones como la Carta de Derechos y Deberes Económicos de los Estados, así como los Programas para el establecimiento de un Nuevo Orden Económico Internacional, son proyectos igualitarios de notable trascendencia, pero que forzosamente deberán superar el plano meramente declarativo.

Ahora bien, debemos disipar cualquier posible malentendido, aunque sea bien intencionado. Sólo hemos mencionado la lucha por la justicia económica; la cual, para ser completa, comprende no sólo una mejor y más justa distribución de los recursos naturales y una abierta repartición de las conquistas tecnológicas sino, lógicamente, una aplicación de los resultados económicos a otros aspectos más tangibles del bienestar de los pueblos, como son la educación y la sanidad. Sin embargo, si sólo esto fuese, se trataría en un plano ideal, de una justicia, la socioeconómica, probablemente realizable a un muy largo plazo, aunque no para todo el género humano. Pero, la lucha total por la justicia conlleva un corolario, no complementario sino esencial, que es la materialización de la justicia en el plano de los derechos humanos y de las libertades fundamentales. Bien está que, en 1948, primero, y en 1966, después, las Naciones Unidas elaborasen una Carta Magna del tema, con una serie indispensable de necesidades inmediatas; no es malo que, para un círculo selecto, el Consejo de Europa pusiese en pie mecanismos como el Tribunal Europeo de Derechos Humanos y su correspondiente Comisión. Pero la temática no se agota en la satisfacción de las reivindicaciones del hombre euro-occidental, con todas las imperfecciones que el mismo sistema capitalista implica. Los derechos humanos y las libertades fundamentales, por definición, no distinguen entre razas, confesiones religiosas o credos políticos; tampoco deberían diferenciar entre sistemas económicos distintos, superado el hipócrita antagonismo entre libertades formales y libertades materiales. Que la dignidad humana consiga, de una vez y para siempre, los niveles por los que viene disputando desde tiempos inmemoriales y que comprende un catálogo amplísimo que no acaba con la simple emisión de una opinión política o moral. Abarca el respeto por las propias diferenciaciones de todo signo: lingüísticas, culturales, folklóricas, ideológicas, etc. Y, desgraciadamente, arranca de niveles mucho más elementales: la desaparición de la tortura como práctica degradante de la condición humana; el autocratismo como forma de gobierno habitualmente admitida; el asesinato político y la desaparición física de los opositores, sea cual sea la oposición que estos ejerzan; las técnicas humillantes y discriminatorias de la condición femenina; la utilización de la medicina y de la clínica para la eliminación política o física del desidente; la privación siempre ilícita de la propia ciudadanía y nacionalidad... No se trata, tan sólo, de conseguir un sistema monetario equilibrado y una regulación equitativa del sistema regulador de los precios en el mercado internacional.

A este conjunto de reclamaciones de todos los hombres, que traspasa las fronteras y no distingue entre grupos, puede denominarse Nuevo Orden Internacional. El nombre importa poco, ya que lo esencial es su contenido. Pero éste es, y aún más ampliable, el nuevo horizonte al que debe enfrentarse el especialista en Relaciones Internacionales. Se trata, sencillamente, de que al igual que cualquier otro especialista de las ciencias sociales, o de las ciencias sin más, asuma su condición de individuo comprometido con su

tiempo y acepte el reto que supone la edificación de un futuro distinto y mejor.

Estimamos que el experto en Relaciones Internacionales, de no abandonarse en los brazos de ridículas disputas metafísicas, si no acepta confortablemente la función de apuntador del orden establecido, tiene un amplio campo para el desarrollo de una profesión que, para ser tal, debe confundirse con la misma vocación de la humanidad entera. Para ello, cuenta con un caudal informativo que le es ajeno a otros profesionales, más delimitados por la parcelación de su propio conocimiento. Quizá, para algunos estemos proponiendo un programa excesivamente ético. Pero, en esencia, se trata radicalmente de una toma de posición política, de un compromiso con el presente y de una ingeniería del futuro. Y el conjunto de esta compleja actividad reside en asumir la lucha contra toda forma de imperialismo y de explotación, desde la más llamativa de carácter hegemónico hasta la sutil hegemonización cultural. La conclusión es tajante: el internacionalista—sociólogo, politólogo, economista, filósofo, historiador, jurista— tiene por delante una tarea para la que no carece de incitaciones. Asumida la opción anti-imperialista, el resto de las discusiones, teóricas y metodológicas, se diluyen en función de su más correcta utilización al servicio de una finalidad superior.

Bibliografía

- Ph. Braillard. *Théorie des systèmes et relations Internationales*, Bruselas, 1977.
- Ph. Braillard. "Réflexions sur la prévision en relations internationales" *Etudes Internationales*, Vol. XI (2), Junio 1980, pp. 211-222.
- Silviu Brucan. *La disolución del poder. Sociología de las relaciones internacionales y políticas*, México, 1974.
- J. B. Duroselle. *Tout empire périra. Une vision théorique des relations internationales*, París, 1981.
- S. Friedlander y R. Cohen. "Reflexions sur les tendances actuelles de la recherche en relations internationales". *Rev. Int. des Sciences Sociales*, Vol. XXVI (1), 1974, pp. 38-57.
- P. F. Gonidec. *Relations internationales*, 2a. ed., París, 1977.
- A. J. R. Groom y C. R. Mitchell. *International Relations Theory. A Bibliography*, Londres, 1978.
- O. R. Holsti *et al.* "Les relations internationales entant que science sociale: essai d'orientation des recherches", *Rev. Int. des Sciences Sociales*, Vol. XVII (3), 1965, pp. 474-485.
- Edmond Jouve. *Relations Internationales du Tiers Monde*, 2a. ed., París, 1979.

- Bahgat Korany. "Hypothese marxiste et méthodologie behaviouriste: une analyse empirique", *Etudes Internationales*, Vol. XI (2) Junio 1980, pp. 51-66.
- Hans-Joachim Leu. *La doctrina de las relaciones internacionales*, Caracas, 1980.
- Arend Lijphart, "La théorie des relations internationales: grandes controverses et controverses mineures", *Rev. Int. des Sciences Sociales*, Vol. XXVI (1), 1974, pp. 38-57.
- Ch. A. McClelland. "On the fourth Wave: Past and Future in the Study of International Systems", en J. N. Rosenau et al., *The Analysis of International Politics. Essays in Honor of H. and M. Sprout*, Nueva York, 1972, pp. 15-40.
- Marcel Merle. *Forces et enjeux dans les relations internationales*, París, 1981.
- Roberto Mesa. *Teoría y práctica de relaciones internacionales*, París, 1981.
- St. J. Rosen y W. S. Jones. *The logic of International Relations*, 3a. ed., Cambridge (Mass.), 1980.
- J. A. Silva Michelena. *Política y bloques de poder. Crisis en el sistema mundial*, México, 1976.
- Jean Siotis. "Théorie des relations internationales et étude de la décision dans les systèmes institutionnalisés", en Ph. Braillard, *Théories des relations internationales*, París, 1977, pp. 341-353.
- Kurt Waldheim. *El desafío de la paz*, México, 1981.
- Kurt Waldheim. *Construyendo el orden futuro. La búsqueda de la paz en un mundo interdependiente*, México, 1981.